



DE SIETE EN SIETE

Suspenseo en investigación

Un reciente informe de la Fundación Conocimiento y Desarrollo pone en evidencia la escasa calidad de la producción científica de las universidades públicas de Castilla y León. Pese al incremento del número de trabajos -roza el 30 por ciento en la última década-, sólo la de Burgos figura en los primeros puestos en índices de calidad (13), mientras que las de León y Valladolid se sitúan a la cola (43 y 47, respectivamente). La cuestión no es baladí si tenemos en cuenta que en España hay medio centenar de universidades de titularidad pública, a las que se suman otra treintena de centros privados con cerca de 1.700.000 estudiantes en total. Pero más allá de estos y otros datos conocidos ahora, lo cierto es que en el campo de la investigación -uno de los tres pilares junto a la docencia y la transferencia de conocimiento de nuestras universidades-, llueve sobre mojado. Aún no podemos echar por tierra ese atávico reproche de que las universidades viven de espaldas a la sociedad, porque lamentablemente el trecho entre aulas y empresas sigue siendo una asignatura pendiente y ello a pesar de los meritorios esfuerzos de los últimos años. Pero el informe de la Fundación CyD no deja lugar a dudas de la necesaria revisión que requiere la actividad investigadora en las universidades si queremos que recobren el prestigio inherente a unas instituciones públicas que, no olvidemos, dependen del bolsillo de todos los ciudadanos. La introducción de fórmulas más eficientes para la evaluación del profesorado y la erradicación de vicios de todo tipo en las prácticas de investigación deben formar parte de los deberes de los máximos responsables universitarios de la Comunidad Autónoma. Conocido es incluso el clamor interno, especialmente en departamentos de perfil menos técnico, sobre la errónea ponderación que se otorga a los tramos de investigación en detrimento de la docencia, que es lo que tienen que mimar estos centros de manera primordial.



RAFAEL MONJE